

PRÓLOGO

El gran poeta y ensayista ruso Joseph Brodsky, Premio Nobel de Literatura en 1987, fallecido en la plenitud de su vida, contó una vez (2000: 18-19) que, durante su infancia y juventud pasada en Leningrado, su ciudad natal, aislada por las incidencias de la Segunda Guerra Mundial, las señales de radio y especialmente las películas hollywoodenses, consideradas como botín de guerra, eran casi el único contacto con el mundo exterior. En esas circunstancias, Tarzán, el hombre-mono, convertido en uno de sus personajes más queridos, fue el arcángel que le anunció los aires renovados del universalismo: «La serie de Tarzán contribuyó más a la desestalinización que todos los discursos de Krushov en el Vigésimo Congreso del Partido». El impacto que le produjo «la imagen de aquel hombre solitario, de larga melena y desnudo, que persigue a una rubia a través de la selva tropical, acompañado de un Sancho Panza en versión chimpancé y utilizando lianas como medio de transporte», fue como un cañonazo que abrió una enorme tronera en los patrones de conducta pública y privada de muchos de los jóvenes rusos de su tiempo, «tan reservados, rígidos, inhibidos y gélidos».

Eso que le pasó a Brodsky nos ha pasado a todos, de alguna u otra manera, pues «lo que denominamos vida no es sino un tejido formado por los retazos de los recuerdos de otro. Al llegar la muerte, se desteje y uno se queda con fragmentos desiguales e incompletos. O, si se quiere, con un conjunto de fotografías» (Brodsky, 2000: 461). Uno se queda con un conjunto de recuerdos fragmentarios no sólo de los otros, sino también de «lo otro», de todo aquello que constituyó nuestro entorno mientras nos movíamos en esa red intrincada, pletórica de acciones y de símbolos, que es la vida. Confrontando los recuerdos, uno se da cuenta de los cambios que experimentan las cosas y uno mismo. En esos cambios, «aun los que parezcan más superficiales— se expresa una entrañable y recóndita voluntad histórica, un sino transformador de las almas» (Picón Salas, 1954: 1).

En este trabajo, financiado por el CDCHT de la Universidad de Los Andes y

publicado por la Fundación Bigott, doy cuenta, en la medida de lo posible, de esos cambios. Acá están consignados mis recuerdos y los de los otros, así como una cierta imagen de lo otro. Se trata, en realidad, de un esfuerzo modesto y sencillo, que en ningún momento dejó de ser inquietante y sorprendente, como son las tareas verdaderamente placenteras. Modesto, porque, a pesar del rigor con que fue realizado, no hubo pretensión alguna de mi parte de elaborar un tratado lleno de afirmaciones indiscutibles, y más bien mi propósito es el de estimular la discusión constructiva. Sencillo, porque responde a una pregunta que me he estado haciendo durante toda mi vida, y que en algunos momentos me resultaba imperativo contestar para intentar comprenderme y comprender un poco mejor a mi país. La pregunta en cuestión es la siguiente: ¿qué ha pasado con la gente de mi generación, con los otros y con Venezuela durante el transcurso del siglo XX, y especialmente en la segunda mitad de este siglo?

Esa pregunta, que me ha inquietado tanto, tiene una explicación muy simple. En toda mi existencia —nací en la ciudad de Barinas un 22 de noviembre de 1941—, no he podido desembarazarme de la idea obsesiva de que he vivido a caballo entre dos tiempos y entre dos mundos, inmerso en el vientre de dos Venezuela, tan distinta una de la otra que me llena de desconcierto. En ese breve tiempo el país sufrió enormes cambios que lo trastocaron todo. Pasamos de una economía precapitalista basada en la agroexportación a una economía capitalista basada en la explotación y exportación de petróleo; de una sociedad predominantemente rural a una sociedad mayormente urbana; de una sociedad pobre regida por un Estado pobre a una sociedad pobre dominada por un Estado rico y todopoderoso; de una sociedad con un sistema de valores basado mayormente en la honestidad, el trabajo, la austeridad, a una sociedad con valores determinados por la renta petrolera y sus consecuencias sobre la producción, el consumo y otros comportamientos sociales. Entre todos esos cambios, quizás el de mayor importancia, y que afecta particularmente a la Venezuela de hoy, fue el del papel protagónico del Estado, alimentado por los grandes ingresos derivados de la actividad petrolera. Ese Estado, que opera con un alto grado de autonomía en relación con las fuerzas políticas, económicas y sociales que él mismo representa, impulsó atropelladamente el paso de una sociedad agraria, rural y tradicional a una sociedad petrolera, urbana y moderna, mediante un sistema de distribución rentístico, no asociado al trabajo de los factores nacionales, utilizando los canales del partido político que

operaba con patrones clientelares para asegurarse los apoyos. Se logró así una modernización sin modernidad, es decir, sin que la sociedad transformada asimilara en su comportamiento los códigos de la modernidad: la racionalidad económica, el valor de la productividad del trabajo, el lenguaje de la ciencia, la secularización de la sociedad, el desarrollo de la civilidad, la conciencia jurídica, la autonomía funcional de las instituciones (Coronil, 1997; Dávila, 1999, 2000). Todos esos cambios en la política y en la sociedad marcaron los cambios en la mentalidad aunque con mucho retraso.

Los que hemos vivido esos cambios tan drásticos, nos desconcertamos y sentimos un poco como el Vizconde Medardo de Terralba, aquel legendario personaje del novelista Italo Calvino (1979), perdido entre dos mundos, escindido entre dos tiempos. La historia narra que Medardo resultó partido en dos por un cañonazo, y las dos mitades sobrevivieron, dejándolo escindido en dos fracciones, en dos Medardo, en lucha crítica entre sí y con el alma perdida entre dos visiones del mundo.

En este libro intento, pues, contribuir a esclarecer una cierta trama de la vida para entender esos Medardo que viven en nosotros, dar cuenta de estos cambios en la esfera de lo social y en un ámbito estrictamente urbano, mayormente circunscrito a la ciudad de Caracas, que ha actuado en la vanguardia en el proceso de la modernización venezolana.

INTRODUCCIÓN

UN PAÍS DESMEMORIADO Y DESORIENTADO

11

Un país llamado subdesarrollado es, en cierta manera, un país sin memoria, casi sin un futuro promisorio, sin respuestas claras o con medias respuestas a las grandes preguntas que agobian a su colectivo, e incluso a sus dirigentes. Venezuela no es una excepción. Todo pensador nacional que se precie de serlo, termina siempre enredado en las mismas preguntas, y en los mismos desalentadores resultados. Para salir del atolladero, para lo cual hay muchas fórmulas teóricas, es necesario definir una política coherente aceptada por la mayoría de sus sectores y actores, y proceder a convocar un plan organizado de acción transformadora, que debe ser evaluado continuamente para enmendar el rumbo. Pero ese plan y esas políticas y esas acciones deben ser compartidas e internalizadas por la mayoría del colectivo para convertirlas en voluntad de cambio, sin perder de vista los grandes logros de la sociedad. Eso es lo que Mariano Picón Salas, que ha sido el mayor pensador venezolano, llamaba la «tesis venezolana»: hacer del sentimiento de igualdad, por el cual el venezolano ha combatido, la base moral de nuestra nueva historia e inventar una manera para hacer que la nación, librada de sus tragedias y fantasmas, pueda ser creadora, ejercitando la voluntad nacional. Allí «radica el misterio alucinante de nuestro destino futuro». Se necesita, pues, para esa gran tarea, un pueblo y un comando. Para él, la grandeza y vitalidad de una nación estriba en la capacidad y productividad de su pueblo organizado, unido y con conciencia colectiva, y en la dirección de un comando coherente, claro y decidido que coordine y unifique las aspiraciones y las urgencias para imprimir a la nación un derrotero y un destino (Picón Salas, 1962: 207, 223-229).

Otros pensadores, casi siempre hombres de letras, se han hecho las mismas preguntas que Picón Salas se hizo. Arturo Uslar Pietri, por ejemplo, fue insistente en plantearse las grandes preguntas de Venezuela, las que él llama «las dos preguntas terribles de los venezolanos». Una relacionada con el siglo XIX:

¿qué hicimos con la Independencia? Otra con el siglo XX: ¿qué hemos hecho con el petróleo? Ambas preguntas relacionadas con la construcción de la nación, es decir, con el proyecto nacional que hemos tenido a los largo de estos casi dos siglos que han transcurrido desde la Independencia de Venezuela (Uslar Pietri, 1991).

Esa misma preocupación, la primera, la había tenido Simón Bolívar, el Padre de la Patria, al finalizar la gesta libertadora, y expresado en una carta que escribiera a Santander desde Quito el 21 de julio de 1823: «Cada día me convenzo más de la incapacidad de todos nuestros jefes para mandar; nadie acierta, a nadie obedecen y todo se vuelve bochinche. Vea Ud. lo que sucedió después de la batalla de Carabobo en Venezuela» (Bolívar, 1974). Para Uslar Pietri, «No fue sólo Carabobo, fue el largo siglo de descomposición nacional que lo siguió. Hemos dicho muchas cosas superficiales y disparatadas. Nos hemos embriagado con una gloria palabrera, hemos sido superficiales, hemos sido ligeros, y muchas veces hemos sido pequeños [...]. Esos primeros setenta años de independencia fueron el teatro continuo de luchas estériles, de un olvido de los fines verdaderos de la nación, que hizo que el país no pudiera enrumbarse, prosperar ni encontrar caminos para su realización». Muchos creyeron que el país que produjo aquella legión de hombres extraordinarios había caído y degenerado, por eso vinieron uno tras otro los reformadores. Guzmán Blanco se convirtió en el regenerador del país, Castro en el restaurador, Gómez en el rehabilitador, y así cada nuevo gobernante que llegaba al poder con su carga de promesas, que luego se incumplirían por una u otra razón. «Al proclamarse así no hacían otra cosa que afirmar la convicción de que el país había decaído y descendido, y por eso había que regenerarlo, restaurarlo, o que rehabilitarlo.» Y ellos estaban allí, para salvar al país de la desidia. Lo malo es que no acertaron con la solución.

Después apareció el petróleo, con sus consecuencias positivas y negativas sobre la sociedad. Uslar Pietri señaló que «En poco más de la vida de dos generaciones, aquel país atrasado, despoblado, modesto en su dimensión económica y social, que vivía limitadamente dentro de cierto orden tradicional, en una economía agrícola modesta pero sana, se vio inundado por un torrente creciente de riquezas frente a lo cual no supo qué hacer. Sobre estas cosas deberíamos reflexionar» (Uslar Pietri, 1991).

TRATADO NACIONAL DE LA CULPA

Hemos pasado así mucho tiempo, echándonos la culpa o echándole la culpa al «otro» o a la naturaleza, aceptando con una gran conformidad lo que hemos recibido, sin revelar y explotar el enorme potencial que hay en cada uno de nosotros y organizarlo en una voluntad nacional. Quizás, sumidos en una baja autoestima, nos hemos quedado anclados en aquella frase atribuida al gran cubano José Martí, sin que él lo haya dicho de esa manera tan conformista: «Nuestro vino es amargo, pero es nuestro», o en la del eximio escritor mexicano Juan Rulfo: «este México tiene muchos problemas, pero es el único que tenemos y que queremos».

Desarrollamos, así, una suerte de afección que hace suyo un amor con defectos, sin intentar cambiarlo. Que protesta, sin embargo, contra ese amor que es suyo, y hasta llega a maldecirlo («Este país es una mierda», uno oye en la calle a la gente decir esta frase sin rubor, sin intentar luchar para convertir el país de mierda en un paraíso para todos). Que se queja contra este país, sin entender que nosotros somos la patria, que «la patria está en nosotros. Es decir, parte de los que nosotros mismos somos es la patria, porque ella es el aquí y el ahora de nuestro existir y, sobre todo, porque ella es el lugar de nuestro origen» (Caldera, 1980: 79) y de nuestro futuro. De tanto repetir esa queja infamante, hemos terminado por aceptarnos tal como nos vemos y no como, en realidad, somos o podemos ser, convirtiéndonos en un país sin respuestas, echando por el suelo nuestra autoestima nacional, y eso hace, el catastrofismo y la autodenigración, la primera diferencia de Venezuela con otros países, como afirmó un destacado hombre público: Enrique Tejera París (1995: 32): «Este es un pueblo que no parece haber gozado sus épocas de bonanza. Acosados por una propaganda inclemente, inundados por el énfasis en lo negativo, los venezolanos nos volvimos una nación afebrada que parece despreciarse a sí misma, un pueblo cuya clase media parece estar dedicada a la flagelación, un estamento intelectual que se regodea morbosamente en una mala noticia, como tratando de probar que el país no tiene remedio y que sería mejor irse a vivir a otra parte».

Un discurso tantas veces repetido en el tiempo, con variaciones, es verdad, debe haber dejado huellas profundas en nuestra conciencia colectiva y en nuestra manera de ser. Repetido, porque no sólo es de ahora, sino casi desde la misma época de nuestra Independencia.

Un editorial del *Diario de Avisos* (Caracas, 5.4.1851) invitaba a los venezolanos a

dejar de «alzar banderas, sembrar el desorden y derramar sangre», y a despertar, porque «lo único que nos falta es el gusto por el trabajo. Manos a la obra. Haga cada uno cuanto pueda a favor del progreso de los intereses agrícolas, manufactureros y comerciales del punto en que haya nacido».

Miguel Herrera, secretario de Hacienda, en la Exposición de la Secretaría de Hacienda a la Convención Nacional (1858: 3, 23), puso de relieve que en el país hay una gran «falta de espíritu público, puesto que el nexos social es debilísimo» (lo que ya había sido advertido por Fernando de Peñalver en carta a Simón Bolívar en 1819: «Cuánto mal nos hace la falta de espíritu nacional»). Por eso, en el juicio de Herrera, el ciudadano «se forma la idea errónea de que todo debe esperarlo de parte del Gobierno, que en su concepto todo lo puede y lo debe hacer». Esa idea fue ratificada en un editorial de *El Federalista* (Caracas, 1.5.1866), al señalar que la empleomanía dominante en el gobierno era un «cáncer para cualquier sociedad», y luego por Jenny de Tallenay (1954: 91-92) en 1884: «Se han acostumbrado a esperarlo todo del Gobierno... Esta ausencia de espíritu de empresa fuera del movimiento social, esta inacción del individuo y su absorción en la idea colectiva se observan en todas las cosas en Venezuela. Uno no cree tener alguna importancia sino en la medida en que dispone a cualquier grado que sea de una fracción de la autoridad gubernamental. En ningún país el funcionario ha hecho tanto daño. El ensueño de la mayor parte de los venezolanos es ocupar algún empleo público, es decir, aproximarse a la fuente de las gracias y honores. El indígena es inteligente, pero perezoso [...] [su voluntad] no tiene más que un objetivo, el de hacerse inscribir por una cantidad de dinero cualquiera en el presupuesto nacional». El diplomático estadounidense J.G.A. Williamson, que vivió en Caracas entre 1826 y 1840, observó que «Con frecuencia se oye decir que todo el país es Caracas y que no hay nada fuera de ella. Esta debe ser la razón por la cual todo el mundo quiere venir a vivir a Caracas. Todo el mundo prefiere vivir en Caracas aunque le ofrezcan un sueldo tres veces mayor para que viva en el interior» (1973: 73). Muchos años más tarde, hacia 1910, Gerónimo Maldonado (1911: 42-43) estimó que cerca de un 40 por ciento de la población venezolana estaba ocupada en la burocracia estatal, «hasta el extremo de convertir al Presupuesto en un verdadero Montepío». Además, se nombraba entonces a muchos incapaces para cargos de elevada responsabilidad: «...carreteros sin cultura de Ministros de Hacienda, médicos ejerciendo de jueces, abogados mandando fortines, gene-

rales de ecónomos de cementerio, herreros en las porterías, y gañanes de peperiodistas políticos».

Todo aquel que nos visitaba dejaba su juicio lapidario sobre nuestro carácter colectivo, conformándose así un estereotipo del venezolano visto con ojos ajenos o por «la mirada del otro» (Pino Iturrieta, Calzadilla, 1992). Francisco Depons (1960: 1, 99) señaló en 1806 la excesiva prudencia que desarrollaban los venezolanos en los negocios: «Todas sus empresas se resienten de esta timidez que ellos llaman prudencia. Al azar dejan poco o, mejor dicho, nada». Paul Rosti (1968: 63) calificó a los caraqueños en 1861 como ambiciosos y con deseos de dominio, orgullosos, apasionados, fanáticos y supersticiosos, con apatía e indolencia ilimitadas, aunque no dejó de reconocer que eran hospitalarios y con una cierta caballerosidad. Aunque, páginas más adelante (Rosti, 1968: 98-99) hablara, contradictoriamente, de su falta de ambición: «Se contenta con muy poco: esto constituye una nueva fuente de su pereza e indiferencia, que dificulta la laboriosidad y el progreso. Además, el criollo está lleno de supersticiones y prejuicios». Friedrich Gerstäcker (1968: 12) escribió en 1868 que los criollos «no explotan ni siquiera lo que ya los españoles dejan hecho». Karl Appun (1961: 146) anotó en 1871 que: «Desgraciadamente, Venezuela es un país que sigue con gran celo la vieja rutina y no toma en cuenta innovaciones; se apega a sus instituciones, a sus costumbres indígenas, a su desdén por todo lo nuevo que viene de Europa».

C. E. Mansfield, ministro británico en Caracas, escribió a Earl Granville, del Foreign Office, comentándole el mensaje que el presidente Guzmán Blanco presentó al Congreso en 1884, que Venezuela era el «hogar de la paradoja» (*home of parado*): «El gobierno es próspero mientras el país está estancado» (Carl, 1980: 6).

Años más tarde, en 1896, un poeta anónimo retrata con rabia, en *El Criterio Liberal* (Maturín, 7.3.1896), la enorme desigualdad que había entonces, y sigue habiendo, entre ricos y pobres. En su poema «Aquí» dice: «Nublada la mezquina comprensión, / El alma abierta al mal, cerrada al bien, / Meciéndose en escéptico vaivén / Al compás de la torpe digestión. // Así unos pocos en la patria están, / Gozando apenas del dolor común / La embriaguez provocante del festín. / I el pueblo, con quietismo musulmán, / Se encoge de hombros y no entiende aún / Que á paso largo se aproxima el fin». Y en otro poema, «Allá», se refiere al pueblo: «Turbia la mente, ardiendo el corazón / Que se agita en heroico vaivén, / El estómago falto de sostén, / El cuerpo mantenido de ilusión».

Las apreciaciones que hace Pedro M. Arcaya, en sus *Estudios de sociología venezolana* (1941:147-148), sobre el comportamiento de los venezolanos se inscribe dentro de la línea de pensamiento que venimos comentando. Oigámoslo: «Donde se vive al azar y se cuenta con lo imprevisto; donde la guerra y la política, especie de loterías, encumbran y abaten; donde es exiguo el valor de la propiedad y su importancia social es escasa; donde una mentalidad ligera y con poco lastre excluye toda previsión de lo futuro; donde la masa popular no tiene aún instintos de ahorro, ni aspiraciones de acumular capital, la noción de que es menester crear un patrimonio que transmitir con seguridad legal a los hijos es clara para unos pocos [...] Donde predomina la natalidad ilegítima debe haber también afición al juego y a toda especie de aventuras impremeditadas, desde la iniciación de empresas locas, condenadas a segura ruina, hasta la de jugarse la vida por absurdos motivos en torpes guerras civiles, deben de reinar en el pueblo la miseria, la ignorancia y el abandono».

Las opiniones negativas sobre el comportamiento del venezolano son también corrientes durante todo el siglo XX, difundidas por los intelectuales y los periodistas, todos ellos «hacedores de opinión».

En *El Heraldo de los Andes* (Trujillo, 18.1.1905) se lee, por ejemplo, que «hay individuos que no quieren trabajar y [que] aspiran a vivir por obra y gracia de una protección completamente desconocida [...]». En Venezuela éste es un vicio que toma alarmantes proporciones y que se debe, en parte, a una suprema pereza que circula en nuestra sangre, y en parte también, a la educación que recibe el pueblo y el mal ejemplo que recibe la juventud. De este modo la mayoría de los venezolanos apenas sabe hacer un esfuerzo en pro de la propia conservación, de donde resulta el desorden tumultuario de nuestra vida azarosa y la profunda miseria en que nos consumimos todos...».

Antonio S. Briceño, en «Las Venezuelas de la ficción» (*El Cojo Ilustrado*, Caracas, 1.11.1909) cita las opiniones de dos venezolanos de renombre. Al poeta J. A. Pérez Bonalde que dijo: «En Venezuela sólo hay dos negocios buenos: el primero, salirse del país; y el segundo, no volver jamás a él». Sin embargo, Pérez Bonalde se hizo famoso con su poema «Vuelta a la Patria», para cantar su retorno al país. El otro escritor citado fue el novelista Romero García, autor de una frase que destila hiel: «Venezuela es el país de las nulidades engreídas y de las reputaciones consagradas». Briceño, por su parte, también dejó su frase lapidaria: «Somos un paisecito turbulento, bien situado geográficamente, con bastantes

riquezas naturales fácilmente explotables, con honrosas tradiciones de emancipación, con pocos elementos sociológicos de avance y muchos de retroceso, azotado por las guerras civiles continuas, despoblado por falta de higiene (material y política) y, en suma, un agregado social en formación».

Con el advenimiento de la explotación petrolera, y de la creciente renta proveniente de este recurso que convirtió a un Estado relativamente pobre en un Estado rico, los problemas se agudizaron y el venezolano se volvió aún más dependiente del gobierno y del maná petrolero. Y en vez de volverse «mas próspero y virtuoso», terminó, según algunos, llenándose de defectos. No es extraño, pues, leer en la prensa calificaciones negativas de la pluma de «agudos» columnistas nacionales que sólo atienden a los elementos negativos, exagerándolos para crear escándalo. Carlos Capriles Ayala, en *El Universal* (Caracas, 19.2.1999), afirmó, en «Vicios y defectos de los venezolanos», que: «No existe ente humano con mayor cúmulo de defectos que el venezolano. Puede decirse, sin ambages, que carecemos casi en absoluto de cualidades». Para él, el venezolano es mal padre, mal esposo, inmoral, botarata, flojo para el trabajo, jactancioso, indiscreto, incumplido, irresponsable, bebedor, jugador, envidioso, mezquino, ingrato. O esta otra perla de Rafael Poleo (*El Nacional*, 29.11.1998): «Para los habitantes de este lodazal bituminoso, la política no es un instrumento de servicio ni de ejercicio histórico, sino el camino de la riqueza y la figuración». Esos habitantes «No se avergüenzan cuando los botan del trabajo y gozan de franquicia para preñar mozas y no tan mozas que, de paso, sueñan con ser preñadas [...] Todavía hoy, uno de cada cuatro habitantes marginales se sacude las lagañas con el sol ya caliente, se arroja a la cara un poco de agua tomada del pipote a la puerta y echa una mirada sobre la ciudad adonde bajará para atracar sus haberes a algún modesto ciudadano. Pero igual hace el empresario que cuadra con un ministro el contrato que los hará ricos a los dos y salpicará a unos cuantos». Al pobre, según Poleo, «le entusiasma la perspectiva de saqueo [...] Los pobres ven la oportunidad para mejorar su mobiliario en los saqueos y hasta para mudarse a un apartamento desocupado». Los humoristas, por su parte, hacen mofa de los venezolanos, quizás para hacerlos reaccionar, dividiéndolos en las tribus del «tá barato» y «dame dos», y adjudicándoles frases tales como «¿Cuánto hay pa' eso?» o «No me des, sino ponme donde hay»; que revelan, de una parte, la reacción del venezolano ante la abundancia de la renta petrolera, y, de la otra, la profunda transformación moral en las relaciones sociales (Capriles, 1996^a: 229-230).

A la luz de estos ejemplos, quisiera destacar la connotación distinta que tuvo entre nosotros la expresión «Como vaya viniendo vamos viendo», dicha por Eudomar Santos, un simpático personaje de la telenovela «Por estas calles» del escritor Ibsen Martínez, que alcanzó una alta sintonía en el país, y que es tan proteica, llena de significados, como «la brega» puertorriqueña. En efecto, esta expresión, según Díaz Quiñones (2000: 19-87), tiene que ver con una negociación sin planes preconcebidos por el sujeto, y con las decisiones e indecisiones en circunstancias precarias no determinadas por el sujeto, que surgen en medio de la propia evolución de las cosas y que se plantean como un acto de negociación sin normas ni reglas.

UNA AUTOIMAGEN NEGATIVA

De todas esas aproximaciones a la «identidad» del venezolano, uno sale con el ánimo desolado, abrumado por tan negativas valoraciones. Maritza Montero (1984), que ha estudiado largamente el tema, señala que desde la Independencia se ha venido conformando una autoimagen nacional predominantemente negativa, desde 1890, y particularmente a partir de 1936, que le adjudica al venezolano rasgos relacionados con la violencia, la pasividad, la pereza, la incultura, el autoritarismo, la impulsividad, la superstición, la frivolidad, la desorganización. De esa autovaloración, apenas sobresalen algunos rasgos positivos asociados a la generosidad, la alegría, la simpatía, la inteligencia y la igualdad. De estos elementos positivos poco se habla, confundidos como estamos por el predominio aparente de los elementos negativos. Entre aquellos sobresale su ideal igualitario que condujo, según Capriles (1996^a: 149), «al desarrollo de una sociedad tolerante, sin mayores problemas nacionales, cada vez más libre del acoso de los apellidos y de la rigidez del abolengo vacío [...], la apertura de las clases sociales, la fácil aceptación de sus nuevos miembros y la amplia gama de posibilidades para la movilidad social, [que] ha creado un clima de sabrosa libertad que, aunque algo anárquica, sirve para compensar otros aspectos menos gratos del vivir nacional». Tal circunstancia ha llevado a sostener al psiquiatra Roberto De Vries (*El Universal*, 24.2.1999) que los venezolanos identifican el placer como una «misión» en la vida, por encima de valores como el amor, el trabajo y el saber, de modo que somos uno de los pocos países que, como Brasil, tienen una cultura del placer. Otro valor positivo es la fraternidad observada en el habla cotidiana, que puede ser vista doblemente como

un acto de chabacanería u ordinariez, pero también de retórica fraternal, con expresiones como el tuteo generalizado, el ubicuo «mi amor» de las secretarías, el «mira chamo», el «brodersito» el «panita» del motorizado, el «mamita» de los vendedores, que son símbolos del sentimiento igualitario nacional (Capriles, 1996^a: 149). Hasta Uslar Pietri, en entrevista concedida a Milagros Socorro (*Revista Bigott*, 29, enero-marzo, 1994), llegó a decir que «el venezolano es muy generoso y muy afectivo, profundamente afectivo. Venezuela es el único país en el que a uno lo llaman por teléfono y la telefonista le dice mi amor».

Esa autoimagen negativa, que se ha venido conformando desde el inicio mismo de la nación venezolana, alimenta un proceso de minusvalía nacional y una identidad social negativa, que ha ayudado a construir una ideología de la dependencia. Esa ideología encubre la realidad o la deforma, transformando el efecto en causa. Así se culpabiliza y estigmatiza a la víctima, desvalorizándola y afectando la autoeficacia de los miembros del grupo y del conjunto social, bloqueándolos para la acción transformadora nacional. Por ese camino se pasa a descalificar a todos los venezolanos y a todo lo nacional, sin reconocer las cosas positivas que se han venido haciendo en el país. De allí, al «no seremos para nada» o al «nunca seremos capaces», hay un solo paso (Montero, 1996).

Esas expresiones tan divulgadas resultan, además, como un pez en la mano: móviles, resbalosas, difíciles de aprehender y de controlar. De un simple término como «alboroto», indicativo de alegría sin freno, se puede llegar a connotaciones muy negativas, al decirse que uno de los elementos indeseables en la conducta del venezolano es su tendencia al alboroto, al desorden, al relajo. Marco Antonio Martínez (1957: 85-86) estudió prolijamente las acepciones que encierra la palabra «alboroto» en Venezuela, y encontró 87 términos que le son equivalentes. Por una de esas vías sinuosas y traicioneras que tiene el lenguaje, del «alboroto» se desemboca en el «relajo», que es también una manera de indicar la disipación de las buenas costumbres o del orden moral. De una expresión que indica una alegría desbordada o un ruido excesivo, se puede llegar a otra que señala la carencia de escrúpulos morales, concediéndole al término una significación enteramente negativa. Sin embargo, Ángel Rosenblat (1955) le da al término «alboroto» («el venezolano es un alborotoso») una connotación positiva, viéndolo más bien como una de las vertientes de la vitalidad del venezolano.

La mayor parte de los calificativos negativos que se le atribuyen al venezola-

no están, según los que los utilizan, aparentemente apoyados por sólidas argumentaciones científicas. Si el venezolano aparece como una hechura incompleta, defectuosa, un ser que viene desde el origen con un grave defecto de fabricación, que lleva la tara en la sangre o en el cerebro, pues, no hay nada que hacer, no hay salida alguna, y sólo nos queda la desesperanza. Venezolanos tan brillantes como Alberto Adriani han caído en la trampa de la desesperación: «¿Por qué descuidamos las realidades venezolanas? ¿Estaremos siempre condenados a imitar a los demás, a ser el eco de los demás, a vivir la vida de los otros, a fugarnos de nuestro país, a la manera de esos literatos de la generación pasada, que se hicieron sus mundos artificiales, o a quedarnos aquí a justificar todos nuestros pecados, como lo hicieron los sociólogos de la misma generación? ¿Será acaso imposible llegar nunca a planear una labor constructiva y civilizadora que surja de la realidad venezolana, que entronque en nuestra tradición, que responda a nuestra vocación nacional? Debemos hacerlo. En todo caso, debemos intentarlo» (Adriani, 1939: 375).

Esos elementos negativos proceden de encuestas: Conciencia 21 (1994), Consultores 21 (1996), Datanálisis (1998), pero casi no se investigan con profundidad las verdaderas causas que los producen. Se dice que el venezolano es contradictorio e inconsciente, lo que se manifiesta en una especie de identidad escindida (Koeneké, 1998) o que se debate entre la postura sentenciosa en el discurso y la indisciplina en su conducta, lo que expresa la «dualidad profunda» que habita aparentemente a los venezolanos (Briceño Guerrero, 1962: 178). O que es flojo, irresponsable y bonchón (Salazar, Marín, 1977), mientras que los resultados obtenidos por Santoro nos hablan de un venezolano trabajador. Que reconoce, por ejemplo, la importancia de la familia y de los padres, pero que actúa irresponsablemente como padre en un país donde impera la poligamia, las madres solteras, los hogares destruidos o dirigidos por la mujer, y la niñez abandonada (Pérez Schael, 1998). Manifiesta en las encuestas una preferencia por la democracia como sistema político y por la libertad como esencia de la democracia, pero expresa, a la vez, un fuerte anhelo por la autoridad y la disciplina (Zapata, 1996), lo que lo lleva a una búsqueda incesante del poder (Capriles, 1996: 150-152). El autoritarismo, que Capriles (1996: 72) atribuye a herencia del centralismo español, ha estado presente en toda la pirámide de la burocracia oficial, desde los más altos mandatarios coloniales o republicanos hasta el funcionario del más modesto cargo. Autoritarismo que se refuerza con la creciente concentración

del poder, tal como escribiera Jacinto López, diputado en el Congreso Nacional de 1898: «El Emperador de la China es menos absoluto y menos bandido que ese monstruo que en Venezuela se llama Presidente. En torno suyo, todos están de rodillas. Y es mucho. A veces están de vientre. Toda complacencia es poca, todo servilismo es pequeño... De pronto, el huracán de una Revolución se lleva aquella infamia al abismo, y se ve entonces que el Gigante, el Monstruo, el Todopoderoso, era algo menos que un enano, algo menos que un mono... se ve que no era nada» (*El Conciliador*, Caracas, 25.4.1900). Esa prepotencia de los dirigentes fue, y es aún, corriente. Marco A. Saluzzo renunció en marzo de 1881 al cargo de ministro de Relaciones Exteriores. Días más tarde, el 5 de abril, apareció en el periódico *La Opinión Nacional*, de Caracas, una carta del general P. Arismendi señalando que tal renuncia se debió a la negativa de aquél a aprobar su nombramiento como cónsul de Venezuela en Puerto España. Al día siguiente, Saluzzo respondió, en el mismo diario, lo siguiente: «Es tan insólita, pretenciosa y extravagante la especie de convertirse el señor Arismendi en mi acusador, que no me da la gana de sentirme por acusado» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 6.4.1881). Pero el presidente Antonio Guzmán Blanco llegó al colmo de la arbitrariedad. En carta del 31.8.1866 dirigida a su suegra, señaló que «Yo no quepo en el molde de nadie, y todo el que me está inmediato, tiene que hacerse a mi imagen y semejanza» (Castellanos, 1969: 13). Mandó a la gente de su país, literalmente «su país», como un dictador absolutista: «No hay en Venezuela quien crea que en mis planes influya persona nacida. Todos saben que lo que concibo y hago es parte de mi cabeza y de mi voluntad, sin siquiera discutirlo con nadie» (*La Opinión Nacional*, Caracas, 14.11.1879).

Romero García (1985) ha encontrado en sus investigaciones que existe una estructura motivacional y disposicional que promueve, junto con la búsqueda del poder y su ejercicio excluyente, vistoso o altisonante, una tendencia a eximirse o a eludir responsabilidades. Es decir, la culpa de un mal gobierno no le pertenece al gobernante, sino que es atribuida a los «otros» o a circunstancias que están más allá de su control. El venezolano tiene, pues, una alta motivación por el poder y una baja motivación al logro. Y su vida se halla controlada externamente. En una investigación de Esqueda y Escalante (2000), del Centro de Investigaciones Psicológicas de la ULA, se encontró que, basándose en puntajes que miden la intensidad de la presencia del rasgo positivo o negativo, la imagen que tenemos sobre nosotros mismos es negativa, con una fuerte carga

hacia el lado de la manipulación, la tracalería y la holgazanería. Esa imagen predominantemente negativa o devaluada se asemeja a la observada treinta años antes por otros estudiosos como De Castro (1968), que inició los estudios de estereotipo en Venezuela, y Salazar (1970).

El economista José Elías Graffe (*El Nacional*, Caracas, 2.1.2000), basándose en ideas del filósofo holandés Peter Sloterdijk, ha aplicado el concepto de ADN cultural en nuestro país. El ADN cultural, compuesto por códigos de conducta y de valores que dialogan con los mitos de una sociedad, constituye la materia sobre la cual se construye la cultura de un pueblo. Esos códigos sociales, contenidos o reflejados en la memoria colectiva de cada país, se activan en cada momento de la vida ordinaria y se verbalizan en el discurso. Aplicando este concepto, Graffe concluye que el ADN cultural del venezolano se caracteriza por: 1. relaciones basadas sobre sistemas de autoridad (apellidos, títulos universitarios, dinero, apariencia) y no en derechos; 2. la escasa vocación para lograr metas; 3. el ejercicio del poder en beneficio del funcionario público; 4. la orientación de la educación para el otorgamiento de títulos y no para la formación del individuo; 5. la indolencia hacia el espacio público; 6. la protección del Estado a la sociedad sin exigirle nada al individuo; 7. la preferencia por redes sociales y el amiguismo en los sitios de trabajo; 8. la creencia de que con mucha viveza y poco esfuerzo se progresa; 9. la poca vocación por crear héroes que sacrifiquen su vida por un ideal; 10. la preferencia por la estabilidad política y el poco cuestionamiento a los gobiernos; 11. la vulnerabilidad del patriotismo; 12. las visiones cortoplacistas; 13. la marcada preferencia por el ocio.

LA FALTA DE ESPÍRITU NACIONAL

Buena parte de la conducta individual del venezolano está, al parecer, determinada por algunas «circunstancias que están más allá de su control». Pero, ¿cuáles son esas circunstancias, o, al menos, algunas de ellas? Agudos observadores y críticos de la vida nacional nos han ofrecido algunas pistas sobre el particular. Entre ellos podemos mencionar a Fermín Toro y a Cecilio Acosta, ambos brillantes intelectuales del siglo XIX venezolano.

Fermín Toro (1941: 301-303) expresó, en un discurso sobre el centralismo pronunciado el 28 de septiembre de 1858, que: «Abandonando el campo de las teorías, descendamos a la práctica [...] Examinemos el elemento político de la parroquia —se refiere a las parroquias rurales, las más numerosas del país [...].

Alrededor de la plaza tres edificios notables: la iglesia, la cárcel y la casa del juez [...] Alrededor del cura [...] está lo más ocioso y holgazán de la población; algunos santeros pidiendo permiso para pedir limosnas, otros con el calendario en la mano para saber las fiestas que se esperan, otros para repicar las campanas y quemar cohetes. El santero recorre las poblaciones empleando prácticas supersticiosas y recogiendo fondos de los vecinos. Los jornaleros tienen de memoria sabido el calendario, pues poco importa que se hayan reducido los días feriados: todos se guardan [...] toda la población está convocada treinta o cuarenta veces al año a las fiestas religiosas, al templo, donde todo se tributa, menos el verdadero culto. ¡Lo que se ve en estas festividades es la holgazanería, es la reunión de una multitud de hombres que abandonan su trabajo! [...] ¿Qué rodea al juez? Lo más corrompido y viciado de la población. Allí están los que llegan a cohechar al juez, los perjuros, los que examinan los archivos para falsificar las escrituras, para excitar pleitos entre los vecinos [...] ¿Qué se deduce de todo esto? Que hace falta civilización».

Cecilio Acosta (1950: 95-96), en carta a Rufino J. Cuervo, datada en Caracas el 15 de febrero de 1878, señala que «Da grima mirar cómo se le burla: se sanciona la ley para que quede escrita, la práctica otra; se levantan instituciones como se hacen los adornos de un baile, sólo para el recreo; [...] se crean favores para los que baten palmas, y para los vencidos penas; se invocan los principios para las aspiraciones propias, y la razón de Estado, que siempre ha de ser dura, para la humillación y los sufrimientos ajenos; y poniéndose calor activo de fermento para agitar la sociedad, y originándose de semejantes agitaciones luchas alternativas y de ellas recriminaciones y pérdidas frecuentes, se ven aparecer o conservarse partidos espantosos que no saben más que odiarse y excluirse los unos a los otros, para dejar en el escenario donde han representado su papel huellas de rapacidad, de enconos y de sangre, y para el progreso moral, el más importante de todos, una esperanza menos y una ruina más [...] De resultas se vive de hoy para mañana; se hace para deshacer; se obra para destruir; se piensa para embaucar; se forman redes para prisiones, y emboscadas para sorpresas; el engaño es recurso, la mala fe viveza, la ruindad título, los bienes mal adquiridos poder, la desvergüenza credencial, el crimen hoja de servicios, la chocarrería gracia, la concusión negocio, el deshonor tráfico, el asesinato blasón...»

De estas reflexiones puede extraerse algunas consideraciones ligadas, en

primer lugar, a la ineptitud, a la falta de proyectos y al mal ejemplo de las clases dirigentes; en segundo lugar, a la inadecuación de las instituciones, y, en tercer lugar, a la carencia de un sistema educativo eficaz para la formación del pueblo.

En esos textos puede verse la corrupción y degradación de las clases dirigentes de la sociedad, lo que en el lenguaje de la época se conocía como «falta de espíritu nacional y de sentimiento moral» (Hernán Parilli, articulista de *El Mensajero Católico*, de Valera, en su edición del 1.4.1923, señala que «La grandeza de un pueblo no está sino en razón directa con el sentimiento moral que lo acompaña... Las sociedades pueden levantar estatuas, hacer obras inauditas, soberbios coliseos, pero si sobre ellos no imprime su huella el sentimiento moral, [...], las estatuas y los coliseos serán figuras de figurines lejos de la moda, muñecos pintados en papel de estraza, pirámides de humo y de cartón»).

Los dirigentes corrompían al pueblo con su torcido proceder y mal ejemplo. El poder se ambicionaba para el enriquecimiento y el disfrute personal, mientras el partido sectario seguía incondicionalmente las órdenes del jefe que carecía de vocación de servicio social, para obtener su parte del gran banquete con los dineros públicos. Y el peso de una tradición autocrática que venía de los tiempos coloniales, y se intensificó luego, dejó huellas profundas en el comportamiento de los venezolanos, especialmente entre los miembros de las clases dirigentes.

El historiador Rafael María Baralt (1939: 1, 346-347), quien escribió en 1840, afirmó que «No eran más supersticiosos los americanos que los españoles; ni podían serlo, pesando sobre unos y otros igualmente la inquisición, la intolerancia religiosa y la ignorancia. Menos industriales, sí, menos activos, más entregados a la vida holgada e indolente de los climas equinocciales. Mal era éste debido a la tierra, pródiga en mantenimientos de fácil adquisición; a la nota de vileza que caía sobre el blanco que se dedicaba a las artes mecánicas; a la poca extensión y muchas trabas que tenía el comercio marítimo; a la nulidad del interior; a la manía de empleos que engendra la mezquina política de un gobierno suspicaz, enemigo de los progresos sociales; y últimamente a la escasez de instrucción en las clases más elevadas, así como en las más humildes de la sociedad».

El pan de cada día en Venezuela era, y aún sigue siendo, la nota escandalosa de un acto de corrupción sin sanción, protagonizado generalmente por el abuso desmedido de los que detentaban, y detentan, el poder, y la confusión inte-

resada entre lo público y lo privado en beneficio del funcionario. En 1881 apareció en *La Opinión Nacional* (Caracas, 5.2.1881) esta perla: «El asunto de las irregularidades, es decir, desfalcos y robos en nuestra administración pública, sigue siendo el tema favorito de la crítica [...] Se respira en la atmósfera moral de nuestro pueblo, algo como corrosivo cuyos efectos hacen desmayar a los corazones de mayor temple [...] En lo que va de siglo hemos introducido a los idiomas extranjeros algunas palabras españolas a fuerza de usarlas, tales son entre otras “pronunciamiento” y “radical”. Ahora popularizamos en Europa la palabra “irregularidad” con que nuestra administración oculta la de desfalco, falsificación, alzamientos de fondos y robo», o encontramos esta otra, en una comunicación diplomática de W.H.D. Haggard a Lord Lansdowne, fechada en Caracas el 16 de abril de 1900 (FUNRES, 1982: 31): «Su excelencia se cansaría si yo le tuviese que explicar en alguna forma qué es lo que pasa con el ingreso de Venezuela. En pocas palabras le diré que esas personas que lo administran lo malversan de la manera más escandalosa. Cada Presidente, cada Ministro del Gabinete, cada Administrador de Aduana, cada General en servicio activo, después de algunos meses en el poder adquiere casas, propiedades y diamantes, se radica en París en costosos apartamentos y algo semejante».

Otra importante traba en el desarrollo del país radica en la creación de instituciones copiadas de otras sociedades sin ningún o poco espíritu crítico, sin un empeño real por adaptarlas a las circunstancias del país, lo que se observa en todos los ámbitos de la vida nacional. Eso se deduce de la lectura atenta del libro de Curtis (1977: 183), en el que describe a Caracas como «un país de un solo piso», deteniéndose en el afrancesamiento de nuestras clases dirigentes y de su manía imitatoria. O de la afirmación de Briceño-Iragorry de que el país no tiene primer piso ni fondo nacional, o de los dos hechos contradictorios que Baralt (1939: 1, 456) observaba en nuestras costumbres en 1841: la identidad de las clases dirigentes con España y la falta total de «recuerdos comunes». Es decir, la carencia de un pasado compartido que sirva de raíz o de base sólida para construir una nación más próspera. El historiador estadounidense John V. Lombardi (1985: 280-281) sostiene que a los venezolanos nos cuesta identificar mitos del pasado que nos sirvan para definir singularmente nuestra cultura. Aparte del período de la Independencia que convirtió la figura de Simón Bolívar en el mito fundamental de identificación, la creación posterior de mitos nacionales se ha hecho de manera caricaturesca, grosera y sin vinculación

real con los retos del presente. Para Lombardi, «el esfuerzo por conformar a Venezuela de acuerdo con el modelo comercial-burocrático produjo pocos héroes que perdurasen lo suficiente para ser glorificados, y pocos logros nacionales que merezcan ser recordados» (Lombardi, 1985: 280). La construcción del país no se ha terminado con la gesta bolivariana, valorizada políticamente como lo ha hecho el presidente Hugo Chávez, a la cual hay que darle sustancia con las realizaciones posteriores de otros venezolanos ilustres que han dado importantes contribuciones a la formación de la nación, entre los cuales se encuentran escritores, artistas, médicos, científicos, arquitectos e ingenieros, y muchos otros, que han logrado reconocimientos dentro y fuera del país.

Pero el problema más importante que ha frenado el desarrollo del país es el del deficiente, insuficiente y anacrónico sistema educativo. En esta materia, estamos como si todavía viviésemos en el siglo XIX, discutiendo casi los mismos problemas, con escuelas mal atendidas, sin tecnológicos modernos, con universidades profesionalizantes y con profesionales sin compromiso social. Después de la explosión educativa de la matrícula a todos los niveles, edificaciones educativas en todas partes y presupuestos mayores que hizo posible al menos la primera etapa de la llamada democracia representativa, tan denigrada ahora, el crecimiento del sector se ha venido restringiendo sólo a la cantidad, descuidando la calidad y la modernización de todo el sistema. Y se ha perdido buena parte de la esperanza de movilidad social y de ascenso económico de la población que hizo posible el mejoramiento de la educación pública y gratuita, y se ha debilitado el papel de la educación como elemento legitimador de la democracia.

Deberíamos ya estar lejos de las críticas de Baralt (1939: 1, 442-443) contra la escasez de instrucción que afectaba hasta las clases más elevadas a mediados del siglo XIX, cuando no se estudiaban las ciencias sociales, ni la mecánica, ni las geometrías, ni la economía política, ni las técnicas artísticas. Casi a finales del siglo XIX se repite la misma queja. En los *Apuntes Estadísticos del Estado Barcelona* (1875: 52-53) hay el clamor por estudios de agricultura y de veterinaria en una región y en un país agropecuarios, pero, sin embargo, la gente sabe muchas cosas para desempeñarse en cargos públicos, y nada para ganar su vida en el trabajo. Llegamos así a 1935, a aquel «Shangri-La de generales y de orondos rentistas» donde «el pueblo hacía las mismas cosas que en 1860» (Picón Salas, en *Varios*, 1963: 45). Los profesores continuaban en las universidades aferrados a

las ideas de los apóstoles de la filosofía jurídica del siglo XVIII (Tulio Chiossone, en *La Esfera*, Caracas, 29.3.1935), indiferentes a los nuevos tiempos.

La llegada del evolucionismo y el positivismo, que comenzaron a difundirse desde la década de 1860 con Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio, sustituyendo a las ideas escolásticas dominantes, trajo un poco de aire nuevo a la dormida academia venezolana, hasta que ese impulso se convirtió, a su vez, en conocimiento viejo y enmohecido, resistente al cambio.

Muchas cosas han cambiado en la educación del venezolano, pero sólo en la superficie. Y de nuevo estamos hoy sumidos en una profunda crisis en que es imperativo actuar sobre la calidad de la enseñanza a todos los niveles y construir un verdadero sistema educativo acorde con la expresión de la sociedad venezolana y la necesidad imperiosa de formar ciudadanos íntegros. Produce dolor leer el juicio que hace Orlando Albornoz (1998: 79-120) de nuestro «sistema» educativo, desarticulado entre los distintos niveles de la escolaridad. Para Albornoz (1998: 118), «La educación superior venezolana es anticuada (cursos, aulas presenciales, tizas y borrador), no forma un sistema y es de baja calidad o al menos de calidad desigual. No hay cultura académica ni investigación». Reformando la educación, ésta podrá contribuir eficazmente a la conversión de individuos aislados en ciudadanos productivos y comprometidos con la construcción de la nación. Surgirá, entonces, en los espacios públicos una nueva comunidad política que hará posible el cambio en la dirección correcta (Gómez Calcaño, 1998).

LA FORMACIÓN DE CIUDADANOS

De todo lo anterior se deduce que se hace necesario civilizarnos cada día más; tener más vida civil y personalizada; crear, respetar y fortalecer las instituciones, formar los dirigentes y darle un sentido a la nación, educar al ciudadano, fortalecer su autoestima y estimularlo a participar activa y críticamente en el proceso de cambio sin alimentar sus odios y resentimientos. Es necesario, de acuerdo con Ruth Capriles (1996b: 260-261), cambiar la relación del hombre con su trabajo y con el valor del producto de su trabajo, demostrando «las preconcepciones éticas sobre el hacer económico».

Es necesario, pues, formar ciudadanos responsables y productivos para continuar la construcción de la nación. Picón Salas expresó (1984: 254-255), que «Civilizarse es, sencillamente, la posibilidad de adquirir nuevos hábitos y am-

pliar y modificar la clave de nuestras experiencias». En ese proceso civilizatorio debemos aprender de nuestras propias experiencias y de la de los demás. Debemos avanzar, sembrando nuevamente los surcos que otros, antes que nosotros, ya sembraron y no hacer como quien comienza desde cero o marcha dejando tras sí la tierra arrasada, respetando las cosas buenas del pasado, pues «La retórica es hueca cuando se desechan los fundamentos [...] Nada de lo que ocurre en la historia de un país se pierde» (Pedro Grases, Prólogo, 1988: 60-61). Y debemos creer en nuestras propias fuerzas transformadoras: «Hasta tanto cada venezolano se mire al espejo y asuma su responsabilidad económica, social, política y moral, no podrá instaurarse un código ético confiable y compartido» (Capriles, 1996: 232).

Un ilustre médico venezolano, Hernán Méndez Castellano, lo expresó claramente en una entrevista concedida a Ramón Hernández («El país como oficio», *El Universal*, Caracas, 29.6.1987) «¿El venezolano promedio es flojo, irresponsable, borracho, incumplido y machista? Todo eso es una gran falsedad que forma parte de una situación muy verídica: hacer hincapié constantemente sobre rasgos negativos que presentan ciertos venezolanos forma parte de algo muy programado para que el venezolano no crea en sí mismo. Los interesados en tenernos sojuzgados económica y culturalmente no dejan que despertemos y tengamos conciencia de nuestra verdadera potencialidad. El venezolano no es nada de eso que frecuentemente se dice. Yo he visto la transformación del país. El olor a yodoformo quedó atrás con la malaria, la desinformación y los caudillos regionales, pero no hemos podido sobreponernos a la agresión persistente y sistemática contra la identidad nacional».

El escenario más idóneo para la formación de ciudadanos es la ciudad, en las interrelaciones y las interdependencias sociales que ella suscita y que conduce a la construcción de un nuevo compartimiento, de cierta sensibilidad, imprescindible para poder coexistir en las grandes aglomeraciones urbanas. Para Yves Grafmeyer (2000: 106), especialista en sociología urbana; «La ciudad, lugar de memoria y de cultura, es una configuración cargada de historia, una suerte de organismo colectivo que vive y hace vivir sus habitantes sobre la base de singularidades irreductibles. El catálogo de deseos materiales se desvanece ante las exigencias espirituales, la universalidad de la razón técnica ante las sutilezas del alma colectiva que liga cada ciudad a su propio pasado».

La urbanización afecta ampliamente el conjunto de actividades sociales, de

las poblaciones y de los espacios, marcando las condiciones de existencia, las maneras de vivir y las mentalidades de los habitantes de la ciudad. En la aglomeración urbana, la proximidad física, tanto deseada como la aleatoria o inesperada (Hanners, 1980: 154), permite a los seres sociales relacionarse entre sí y con la ciudad, fortaleciendo el desarrollo de nuevas relaciones. Esa aglomeración no se distribuye de manera uniforme en la ciudad, pues crea líneas de separación en sectores conformados por grupos sociales y comunidades étnicas. Es decir, crea una especie de «mosaico» social, como lo llamaban los sociólogos de la Escuela de Chicago (Grafmeyer, Joseph, 1990) y sus seguidores (Timms, 1971).

Cada ciudadano se encuentra inmerso en un juego complejo de roles y de pertenencias múltiples (familia y escuela, hábitat, trabajo, gremio, partido, iglesia...) aunque no llegue a actuar con un molde de comportamiento específico que puede ser considerado como una «personalidad urbana», como pretendía Louis Wirth en un célebre artículo de 1938. Así las poblaciones o grupos de poblaciones presentan varias características comunes desde el punto de vista de la parentela, de las alianzas o de la sociabilidad. La ciudad se constituye, de esta manera, en un espacio privilegiado de socialización.

Esta socialización puede verse desde dos perspectivas (Grafmeyer, 2000: 88-89). Desde una primera perspectiva, la socialización designa el conjunto de mecanismos de aprendizaje que hace que los individuos hagan suyos desde la infancia los valores y las normas de una sociedad o de un grupo social en particular. La otra perspectiva da cuenta de las diversas interacciones que hace que los individuos se relacionen de determinadas maneras, desde las más efímeras hasta las más institucionalizadas y permanentes. Así, se construyen y fortalecen, o se deshacen, maneras de ser, modos de coexistencia y sistemas de actitudes que evolucionan al filo de las experiencias individuales. Estas dos perspectivas se complementan, pues todo proceso de aprendizaje es interactivo y los seres «socializados» adoptan continuamente las disposiciones heredadas a las situaciones que ellos viven.

Cada individuo, actuando con, por o contra los otros, es forzado a realizar durante toda su existencia ajustes más o menos conflictivos entre lo que le ha sido transmitido por su medio de origen y lo que le es propuesto o impuesto por las diversas situaciones de interacción social en que actúa. Eso es lo que se ha llamado el proceso de «fabricación de gentes de la ciudad». Ese proceso de «fabricación» es hecho de esos compromisos generadores de vínculos inter-

personales, heredados o contruidos o al menos de los acuerdos mínimos sobre formas de intercambio o reglas de coexistencia, en medio de un contexto de tensión entre las identidades y las movildades de los individuos, entre la continuidad y la ruptura, entre la búsqueda del parecido y el reencuentro del otro. En este sentido, la sociabilidad se vincula con ciertos usos del término «civilidad», al afectar tanto el universo de relaciones en público como la aptitud de un individuo o de una población a vivir tales relaciones. El espacio público, expresión emblemática de la ciudadanía, se convierte de esta manera en un espacio objeto de una construcción permanente al filo de las interacciones de ciudadanos de identidades diferentes. Esto hace que la ciudad no sea meramente un mosaico de urbanizaciones, barrios o sectores, ni un simple agregado de pequeños mundos incomunicados, sino un lugar de memoria y de cultura, una configuración cargada de historia (Grafmeyer, 2000:92-106).

Estudiar la formación de esa sensibilidad urbana en la Caracas del siglo XX es, precisamente, el propósito que anima este ensayo.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- ACOSTA, Cecilio. 1950. *Doctrina*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación Nacional. Biblioteca Popular Venezolana.
- ADRIANI, Alberto. 1939. «La vieja plaga y nosotros», *Revista de Fomento*, Caracas, año II, N° 15, agosto.
- ALBORNOZ, Orlando. 1998. «Acerca de la educación superior en Venezuela», *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, UCV, vol. 4, N° 2-3, abril-septiembre.
- APPUN, Karl. 1961. *En los trópicos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela (Orig.: Jena, 1871).
- Apuntes Estadísticos del Estado Barcelona*. 1875. Ministerio de Fomento. Caracas: Imprenta de la Opinión Nacional.
- ARCAJA, Pedro M. 1941. *Estudios de sociología venezolana*. Caracas: Editorial Cecilio Acosta.
- BARALT, Rafael María. 1939. *Resumen de la historia de Venezuela*. Brujas-París: Desclée de Brouwer, 3 tomos (Original: París, 1841).
- BOLÍVAR, Simón. 1974. *Correspondencia del Libertador (1819-1829)*. Caracas: Fundación Vicente Lecuna/Banco de Venezuela.
- BRICEÑO GUERRERO, J. M. 1962. *América Latina en el mundo*. Caracas: Editorial Arte.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario. 1956. *La hora undécima (Hacia una teoría de lo venezolano)*. Madrid-Caracas: Ediciones Independencia.
- BRICEÑO, Antonio S. 1909. «Las Venezuelas de la ficción», *El Cojo Ilustrado*, Caracas, 1.11.1909.
- BRODSKY, Joseph. 2000. *Del dolor y la razón*. Barcelona: Ediciones Destino.
- CALDERA, Rafael Tomás. 1980. *La respuesta de Gallegos. Ensayos sobre nuestra situación cultural*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- CALVINO, Italo. 1979. *El vizconde demediado*. Barcelona: Bruguera.
- CAPRILES AYALA, Carlos. 1999. «Vicios y defectos de los venezolanos», *El Universal*, Caracas, 19.2.1999.
- CAPRILES, Ruth. 1999^a. «La corrupción de las decisiones, ¿problema moral de fin de siglo?», en: *Varios. Balance del siglo XX venezolano*. Caracas: Fundación Herrera Luque.
- 1996^b. «Cultura del trabajo en Venezuela: el valor de la libertad», *Montalbán*, Caracas, UCAB, N° 29.
- CARL, George E. 1980. *First Among Equals: Great Britain And Venezuela. 1810-1910*. Syracuse Department of Geography: Syracuse University press.
- CASTELLANOS, Rafael Ramón. 1969. *Guzmán Blanco íntimo*. Caracas: Ediciones Librería Historia.
- CASTRO, C. 1968. «Estereotipos de nacionalidad en un grupo latinoamericano», *Revista de Psicología General y Aplicada*, 23.
- CHIOSSONE, Tulio. 1935. *La Esfera*, Caracas, 29.3.1935.
- Conciliador, El*. 1900. Caracas, 25.4.1900.
- CORONIL, Fernando. 1997. *The magical State Nature, Money and Modernity in Venezuela*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Criterio Liberal, El*. 1896. Maturín, 7.3.1896.
- CURTIS, William E. 1977. *Venezuela. País del eterno verano*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República (Original: Nueva York, 1896).
- DÁVILA, Luis Ricardo. 1999. «Venezuela: un largo viaje hacia sí misma. Ensayo a propósito de un libro», *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, N° 67, December.

- 2000. «Modernidad, nación y petróleo en Venezuela».
- DE VRIES, Roberto. 1999. *El Universal*, Caracas, 24.2.1999.
- DEPONS, Francisco. 1960. *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*. Caracas: Banco Central de Venezuela, 2 vols. (Orig.: París, 1806).
- Diario de Avisos*. 1851. Caracas, 5.4.1851.
- DÍAZ QUIÑÓNEZ, Arcadio. 2000. *El arte de bregar. Ensayos*. San Juan de Puerto Rico: Ediciones Callejón.
- ESQUEDA TORRES, Luis y Gregorio Escalante. 2000. «Estereotipos de Venezuela», en: Varios *Aportes a la psicología social de la salud*. Mérida: Centro de Investigaciones Psicológicas. Facultad de Medicina. Universidad de Los Andes.
- Federalista, El*. 1866. Caracas, 1.5.1866.
- FUNRES. 1982. *Documentos británicos seleccionados con el bloque de las costas venezolanas*. Caracas: IABN-FUNRES (Foreign Office, 80/450, N° 11-17).
- GAETANO, Gerardo. 1998. «Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada», en: Barrán, J. P.; G. Caetano; T. Porzecanski. *Historias de la vida privada en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones Santillana. Tomo 3.
- GERSTÄCKER, Friedrich. 1968. *Viaje por Venezuela en el año 1868*. Caracas: Universidad Central de Venezuela (Orig. Jena, 1869).
- GÓMEZ CALCAÑO, Luis. 1998. «Venezuela: organisations sociales et luttes pour la citoyennite», *Problemes d'Amérique Latine*. París, abril-junio.
- GRAFFE, José Elías. 2000. *El Nacional*, 2.1.2000.
- GRAFMEYER, Yves. 2000. *Sociologie urbaine*. París: Nathan/HER.
- GRAFMEYER, Yves; Joseph, Isaac. 1990. *L'École de Chicago. Naissance de l'école urbaine*. París, Aubier-Montaine.
- GRASES, Pedro. 1988. Prólogo a Atencio Bello, Heraclio. 1988. *La crisis psicoeconómica del venezolano*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- HANNERS, Ulf. 1980. *Exploring the city*. New York: Columbia Press University.
- Heraldo de los Andes, El*. 1905. Trujillo, 18.1.1905.
- KOENEKE, Herbert. 1998. «La identidad política del venezolano», *El Nacional*, Caracas, 4.10.1998.
- LOMBARDI, John V. 1985. *Venezuela La búsqueda del orden. El sueño del progreso*. Barcelona: Editorial Crítica/Grijalbo.
- MALDONADO, Gerónimo. 1911. *La cuestión económica de Venezuela*. Maracaibo: Imprenta Americana.
- MARTÍNEZ, Marco A. 1957. «Notas sobre la idea de alboroto y desorden en Venezuela», *Archivos Venezolanos de Folklore*, Caracas, Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, Años VI, VII, tomos IV y V, N° 5.
- MÉNDEZ CASTELLANO, Hernán. 1987. «Necesitamos disciplina», entrevista concedida a Ramón Hernández, (El País como Oficio), *El Universal*, Caracas, 29.6.1987.
- MONTERO, Maritza. 1984. *Ideología, alineación e identidad nacional*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la UCV.
- 1996. Entrevista concedida a Milagros Socorro, *Revista Bigott*, Caracas, N° 39, julio-septiembre.
- Opinión Nacional, La*. 1881. Caracas, 6.4.1881.
- Opinión Nacional, La*. 1879. Caracas, 14.11.1879.
- 1881. Caracas, 5.2.1881.
- PARILLI, Hernán. 1923. *El Mensajero Católico*, Valera, 1.4.1923.

- PÉREZ SCHAEEL, María S. 1998. «¿A quién le interesa un Presidente?», *El Nacional*, Caracas, 12.7.1998.
- PICÓN SALAS, Mariano. 1949. *Comprensión de Venezuela*. Caracas: Ministerio de Educación. Biblioteca Popular Venezolana.
- 1951. «Perfil de Caracas», *Crónica de Caracas*, Caracas, 8, agosto-diciembre.
- 1954. «El cambio de los tiempos», *El Nacional*, Caracas, 21.10.1954. Papel Literario.
- 1962. *Obras selectas*. Caracas: Editorial Edime.
- 1963. *Hora y deshora*. Caracas: Publicaciones del Ateneo de Caracas.
- 1984. *Las formas y las visiones*. Caracas: Galería de Arte Nacional. Compilación, selección y prólogo de Juan Carlos Palenzuela.
- PINO ITURRIETA, Elías y Pedro E. Calzadilla. 1992. *La mirada del Otro. Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*. Caracas: Fundación Bigott.
- POLEO, Rafael. 1998. «El descubrimiento de nuevos mundos», *El Nacional*, Caracas, 29.11.1998.
- ROMERO GARCÍA, O. 1985. *Motivando para el trabajo*. Caracas: Lagoven. Serie Siglo XXI.
- ROSENBLAT, Ángel. 1955. «Lengua y cultura de Venezuela: traducción e innovación» Caracas, conferencia pronunciada en la UCV el 18.10.1955.
- ROSTI, Pal. 1960. *Memorias de un viaje por América*. Caracas: Universidad Central de Venezuela (Orig. Pest, 1861).
- SALAZAR, J. M. 1970. «Aspectos psicológicos del nacionalismo: autoestereotipo del venezolano», *Revista de Psicología*, Caracas, 1.
- SALAZAR, J. M. y G. Marín. 1977. «National stereotypes as a function of conflict and territorial proximity: a test of a mirror image hypothesis», *Journal of Social Psychology*, 101.
- SECRETARÍA DE HACIENDA. 1858. *Exposición de la Secretaría de Hacienda a la Convención Nacional*. Caracas: Imprenta de M. M. Zarzamendi.
- TALLENAY, Jenny de. 1954. *Recuerdos de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación. (Orig. París, 1884).
- TEJERA PARÍS, Enrique. 1995. «¿Por qué Venezuela es diferente?», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, tomo LXXVIII, N° 309, enero-marzo.
- TIMMS, D. W. G. 1971. *The Urban Mosaic. Toward a Theory of Residential Differentiation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TORO, Fermín. 1941. *Reflexiones sobre la ley del 10 de abril de 1834 y otras*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación.
- USLAR PIETRI, Arturo. 1991. Discurso al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Carabobo. *El Nacional*, Caracas, 6.7.1991
- 1994. Entrevista concedida a Milagros Socorro, *Revista Bigott*, Caracas, N° 29, enero-marzo.
- WILLIAMSON, John G. A. 1973. *Las comadres de Caracas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- WIRTH, Louis. 1938. «Le Phénomene Urbain comme mode de vie», Grafmeyer Y.; Joseph, Isaac: 1990. *L'École de Chicago. Naissance de l'école urbaine*. París, Aubier-Montaine.
- ZAPATA, Roberto. 1996. *Valores del venezolano*. Caracas: Ediciones Conciencia 21.